

# PREGÓN DE 1989

*Pronunciado en la iglesia parroquial  
de Santiago en San Francisco,  
el sábado, día 18 de marzo*

*Por Ramón Pernas López*

Antes de comenzar cumple recordar la figura, la talla de humana dimensión de la voz hoy ausente. Este Pregón es un envío "in memoriam" al recordado maestro, vivariense de honra, Enrique Chao Espina a quien Dios Nuestro Señor en Gloria haya.

Y tras este obligado y breve recordatorio quiero, como en un abrazo, mostrar mi agradecimiento a Fausto Galdo, ilustre sanador de fríos congénitos y uno de los vivarienses de discurso más entrañablemente lúcido de los de su generación. Gracias de antemano a todos ustedes por asistir a compartir mi palabra y muy especialmente a los miembros de la Asociación de Cofradías por confiarme el honor de pregonar, ahora que la primavera es ya una certidumbre en la longitud de los días y de los aires que traen olores nuevos, en y ante mi pueblo, nuestra mayor semana de Pasión.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia esta semana fue tenida como la más santa del año. Eusebio habla de ella como "hebdomada vigiliarium", semana de las vigiliias, porque en tiempos de este Padre de la Iglesia los cristianos pasaban todas las noches de esta semana en ejercicios de Piedad. Los latinos la llamaron Semana laboriosa o Días de trabajos, llámase también Semana de la Indulgencia, porque, según refieren los autores clásicos, los días de ella son los de las grandes misericordias del Salvador.

Sin embargo, han sido los nombres de Semana Santa y Semana Grande, los que han prevalecido. San Juan Crisóstomo la llama Grande por los Misterios que operó en ella Nuestro Señor Jesucristo.

La Semana Santa se ha tenido siempre por Semana de indulgencia. Y, en efecto, es así que los príncipes y magistrados cristianos otorgan –históricamente– el perdón a cierto número de reos, sobre todo, condenados a muerte.

Volviendo a San Juan Crisóstomo, dice del gran emperador Teodosio, que en esta semana enviaba cartas de perdón a las ciudades con objeto de dar libertad a los prisioneros y conceder la vida a los criminales. Dícese del rey Carlos VI de Francia, que habiendo resuelto castigar a algunos rebeldes que se hallaban encerrados en mazmorras, ordenó que se les diese libertad por hallarse en Semana Santa. Esta costumbre persistió hasta la Revolución Francesa; el Martes Santo que era el último día de las audiencias, el Parlamento en pleno se trasladaba a las cárceles de palacio para después de interrogar a docenas de presos conceder la libertad a varios de ellos. Esta costumbre todavía está vigente en el sur español y, concretamente en Málaga, se libera cada año por Semana Santa a un cautivo.

Siguiendo con la introducción someramente histórica que abre este Pregón, pasemos revista a todos y cada uno de los días de esta Semana que se abre con el Domingo



de Ramos, también llamado antiguamente Domingo de competentes o de postulantes, que así era como se consignaba a aquellos de entre los catecúmenos que estaban más instruidos en la religión y habían de ser admitidos al bautismo. Llamábase asimismo día del Capitilavium (lavatorio de la cabeza), porque en él se realizaba la ceremonia de lavar la parte superior de la cabeza a los que iban ser bautizados. Los nombres más comunes, según el hagiógrafo Croce, son los de Domingo de Ramos y Pascua Florida, y añade que los españoles dieron el nombre de Florida a una gran región de América –hoy E.U.A.– por haber sido descubierta el día de Pascua Florida del año 1512.

Pasamos del Domingo al Miércoles Santo señalando que el gran duelo de la iglesia comienza en este día porque en él fue cuando los escribas y fariseos, y los ancianos y magistrados se reunieron para deliberar sobre los medios para prender a Jesús y entregarlo a la muerte. Así, ningún día de la semana está tan particularmente consagrado a la Pasión de Cristo. El miércoles se pronunció definitivamente la sentencia contra Jesús y el viernes se ejecuta.

La Iglesia celebra estos tres últimos días los funerales de Cristo. Empieza el miércoles con el Oficio de Tinieblas: durante el mismo se pone un candelabro triangular y en él once cirios que se van apagando sucesivamente al final de cada salmo. El ruido que se hace al final del Oficio es la señal que hacía antiguamente el que presidía, golpeando con su libro o con la silla para que el pueblo saliese del templo. Según otros autores, este ruido se hace no sólo para denotar la confusión que surgió en todo el orbe a la muerte del Salvador, sino también para expresar con este golpeo de manos el aplauso universal a la Resurrección de Cristo.

El Jueves Santo ha sido para la Iglesia uno de los días más solemnes por los grandes misterios que en él se traen a la memoria. Por esta razón los griegos y otros pueblos orientales le han dado el nombre de día de los misterios.

El lavatorio de pies es una de las grandes ceremonias de Jueves Santo. Los primitivos cristianos hacían del lava-



*El Encuentro,  
Semana Santa del año 1952*

ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA



*El Encuentro,  
Semana Santa del año 1954*

ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA



*El Encuentro en años 60*

FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS

torio de los pies un deber de caridad para con los huéspedes. Práctica que ha continuado en los monasterios, hasta hoy mismo.

Y llegamos en este breve apunte histórico, al Viernes Santo, también llamado Gran Viernes a causa del augusto Misterio de la redención del hombre. Fue tenido siempre este día como el más santo, el más augusto y el más venerable de todos los días, y fue siempre el que los cristianos celebraron con mayor religión y con una devoción más sensible.

Ya desde el tiempo de los Apóstoles, el día de Viernes Santo no se celebra misa: el gran duelo de la Iglesia y la muerte de Cristo no permiten ofrecer el sacrificio divino.

Una de las ceremonias más notables del Viernes Santo es la Adoración de la Cruz, que forma la tercera parte del Oficio del día. En muchas iglesias, en todo el oficio del Viernes Santo, tenían los pies descalzos no sólo los sacerdotes, sino también los monjes, el clero y el pueblo.

Práctica piadosa, en el día de Viernes Santo, es la devoción conocida por las tres horas o las Siete Palabras, que tuvo su origen en Lima, siendo su fundador el padre Alonso María de la Compañía de Jesús. De Perú pasó a Chile, Panamá y Méjico y, por fin, a España comenzando en Cádiz y Sevilla. Hallándose de paso en Cádiz el compositor Haydn en las postrimerías del siglo XVIII, conmovido por la solemnidad de la ceremonia y disgustado por las composiciones musicales mediocres ejecutadas entre cada una de las palabras, ofreció componer un Oratorio para ejecutar en tal ocasión, promesa que cumplió en 1785 componiendo el universalmente conocido por el de Las Siete Palabras.

## LA PASIÓN SEGÚN VIVEIRO

Valgan como introducción mis palabras para intentar ese paralelismo del día a día que va a definir lo que yo he dado en llamar la *Pasión según Viveiro* y que no es otra cosa que el peculiar modo de entender ese gran Misterio de la vida que concluye el Domingo de Resurrección con una hosanna, aleluyah plural y colectivo que subraya en toda la cristiandad el triunfo de la esperanza.

Cada pueblo tiene distintas lecturas de la vida y de la muerte, diversas formas de interpretar el ciclo de la vida, de manifestar el júbilo y la tristeza. Creo con Camus que cuando muere un hombre muere toda la humanidad, es el gran fracaso, la frustración de todo un pueblo que asiste a sus muertos, que entierra a sus muertos, que en sus muertos reconoce su identidad.

Los españoles tenemos especialmente, y en ello o de ello los gallegos hemos hecho una peculiar filosofía, un sentido trágico de la vida, una suerte unamuniana de celebrar el rito de la muerte con el dilatado énfasis de lo agónico. Acaso Viveiro, por ser un pueblo abierto al camino infinito de la mar, subvierta en alguna medida este concepto. Acaso en Viveiro prime más la vida y en sus manifestaciones públicas la vitalidad compartida sea un norte elegido.

No es, en punto alguno, o al menos no es únicamente, nuestra Semana Santa en espectáculo de contenido antropológico, no es la fiesta de la muerte ni siquiera un paseo de iconografías reunidas en procesión circunstancial.

Tiene por fuerza que haber otras interpretaciones más cercanas al corazón plural de todo un pueblo, sus referentes más cercanos están ahí en el dolor que refleja el rostro de María, en las llagas laceradas de un Cristo yacente, en el acompañamiento silente de los calediños. Hay que recu-



**El Encuentro en años 60**

FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS



**San Juan saliendo de la Iglesia de San Francisco para el Encuentro años 60**

FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS

*El Encuentro en años 60*  
FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS



*El Encuentro en años 60*  
FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS



*El Encuentro,  
Semana Santa del año 1952*  
ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA



**Santísima Virgen de los Dolores (1741)  
en el altar de la VOT Franciscana**

ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA

rrir con frecuencia a la contemplación serena de las viejas fotografías y analizar las caras de sorpresa y de piedad de los vivarienses que acompañan el Encuentro o el descenso de Jesús.

En esos rostros de sincera ingenuidad está la síntesis de la fe popular que es una grandiosa de manifestar la antigua lealtad a una forma religiosa de entender la vida.

Llevo muchos años ausente de la Semana Santa vivariense, he asistido a la Semana Santa austera, e incluso adusta, de Valladolid, a una inexplicable y transferrada Semana Santa catalana, pero habitualmente fui testigo emocionado de la Semana Santa del sur.

Allí la Pasión es de júbilo y de azahar, es la explosión feliz de la primavera. Las vírgenes del sur son las auténticas protagonistas de una suerte de delirio colectivo y mariano que es jaleado con vítores y oles a la belleza serena de Macarenas y Soledades profundamente queridas por un pueblo solidario y amigo. Si es bien cierto que esta entrañable Semana Santa vivariense es mi Semana Santa, no puedo por menos señalar que mi corazón, tal vez herido por una saeta que rompía la noche, se divide entre aquella mi otra Semana Santa sureña, a la que rindo homenaje de gratitud.

Y hoy estoy aquí de nuevo, embargado creedme por una emoción antigua que viene de lejos, asisto a un reencontro aguardado, y la palabra torpe se me llena de imágenes que festonean esa retina especial que deben tener los recuerdos y en la que un día se grabó para siempre el escalofrío de la primera caída del encuentro.

Cuando este pueblo era todavía nuestro pueblo con sus singularidades compartidas y anheladas, cuando vivía feliz y ornado para sí mismo y en sí mismo, aguardando las fechas señaladas del verano, de la Semana Santa, de

los carnavales, la vida se nos antojaba más íntima y más entrañable. Viveiro limitaba al norte con la mar, y Foz, Ortigueira o Villalba eran pueblos lejanos en su cercanía, sólo frecuentados por rivales equipos de fútbol, masas corales o compañías de la juventud católica en anual excursión.

Toda una ceremonia previa de mayordomos y camareiras ultimaban cretonas y terciopelos para las vírgenes. Se disputaban las familias de pro el roscón de los Apóstoles, y un ejército de costureras cosía por las casas pantalones y camisolas para estrenar el Domingo de Ramos entre bosques de loureiros y palmas del país trasplantadas por la morriña de algún rumboso habanero retornado.

Era la Semana más aguardada, la víspera novicia de un encuentro deseado madres y abuelas bruñían los metales, se abrían balcones y galerías y un aire nuevo entraba en las viejas casas desperezándolas del largo y obsesivo entumecimiento invernal. Hossanna era Viveiro. Se armaban las arquetas en las sacristías y las solteronas de solera, como no, beatas de ocasión y de oficio, vestían a los santos.

Niños aún, aprendimos todos los mecanismos que articulan las caídas del Viernes Santo, cuando el buen Jesús se abate en nuestras rúas, descubrimos con harta incredulidad que el pañuelo de la Verónica estaba previamente estampado, vimos a un San Juan desnudo en su estructura de madera y todos los rapaces de Viveiro hicimos girar 180 grados el varal que sostiene la cabeza del eterno buscador de María, de Juan el discípulo más amado.

Cuando Viveiro, queridos amigos, era aquel pueblo menudo pintado por el grafismo literario de Canosa, la vida acaso más plena, tenía otro sentido y a su manera, a nuestra manera, construía, construíamos un futuro escasamente presagiado.

Que nadie evite sus recuerdos porque sólo los pueblos que conservan su memoria pueden algún día ser libres y poderosos.

Y ya la mañana es un revuelo de palomas porque es Domingo de Ramos. Domingo popular y nuevo, día de estreno. Y el viejo *Santano* no da abasto para poner orden en la bendición de los Ramos. El Chamorro, Naim arboleda perdida y albertiana de la juventud lejana enmarcan el perfil gótico del ábside de San Francisco. Domingo frutal de estreno de adolescencia, el fotógrafo Ariza y Carlos detienen la historia del paisaje de hombre al pie de la escalinata que sube al templo. Los de Pénjamo traen auténticos árboles, huele a Getsemaní y a olivo la mañana, y un coro de voces torpes sube al aire las primeras notas del Bendice, bendice himno juvenil de domingo y con las hojas de las palmas los más hábiles, acaso los casi adolescentes, trenzan celosías amarillas y adornos exóticos que colocan en sus solapas.

Quien les habla estrenó un Domingo de Ramos sus primeros pantalones de adulto, su primer pantalón largo.

Quienes como yo amamos la crónica de lo cotidiano, y somos historiadores de lo efímero, de esa historia menor que nadie narra, sentimos en alguna orilla de la nostalgia un estremecimiento al bucear en la memoria aquellos – supongo que como los de ahora– domingo de Ramos en los que crecimos en ese difícil oficio de hacernos hombres.

Tengo como una sensación de lluvia en la tarde del Domingo de Ramos. La entrañable y franciscana procesión del Santo hecce hombre, hecce-homo de los franceses, recoleta y un tanto anárquica, era siempre una incertidumbre.

*Autoridades y  
Banda Municipal al fondo en la  
procesión del Santo Entierro años 60*

FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS



*Escolta romana en la  
procesión del Santo Entierro años 60*

FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS

*Presidencia de la VOT Franciscana  
en la procesión del  
Santo Entierro años 60*

FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS



Muchos años un prólogo de gotas de lluvia hacía temer por la salida. Las tardes de domingo en primavera tienen esa inestabilidad conocida de lluvia sorprendente, casi tropical. Mucho me ha gustado siempre esa procesión vespertina. La estameña parda y terciaria da un *nosequé* de serenidad a la tarde, acalla los ecos del jubilo mañanero, es como si la vida creciera de golpe y como si de repente la adultez, ese concepto inexistente en la gramática pero presente en la vida, mediase de golpe. Santo hecce-homo de mi devoción más honda, con una historia tejida de dragones franceses de rezos piadosos, con tu tamaño de hombre castigado por los hombres, guardo para ti desde mi militancia de hermano menor, de terciario franciscano, una oración a flor de labios.

Ya la noche se cuaja de estrellas que como velas encendidas subrayan en el espejo de la ría el énfasis de la semana mayor. Con el Domingo de Ramos se inauguraba la semana de Pasión, habían llegado al fin los días esperados y sólo quedaba por resolver, por constatar aquel refrán tan vivariense de "*Carnavales na Plaza, Semana Santa mollada*", que como espada de Damocles pende permanentemente, sobre la posibilidad de hacer realidad nuestras procesiones, nexó único y local de nuestra Semana Santa con la espiritualidad soterrada de la Pasión según Viveiro.

El lunes era un día de transición, el lunes en Viveiro no hay procesiones, los chavales rebuscábamos en los baúles las carracas de madera para ensordecer el orbe, carracas artesanas realizadas por la mano paciente de doctos carpinteros, acaso de ribera, que habían hurtado a la cuaderna virgen de un *chalano* un trozo de madera para romper las tinieblas en el oficio de difuntos. El lunes santo los rapaces merodeábamos por los Claustros de San Francisco, por el atrio de Santa María, acudíamos a la casa de Silvino, aquel bonachón guardia municipal encargado con su mujer de

la intendencia cofradiera, a recoger el traje de raso para la borla del estandarte o para la fila nazarena.

El lunes santo es en Viveiro de color morado y en abril las acacias de Santa María son una sinfonía amarilla. Contemplar los crespones morados que en las cuaresmas de antaño cubrían a los santos en sus homacinas, siempre me produjo un temor infantil, porque los santos de las iglesias de los pueblos son como vecinos, recuerdo la primera vez que en Sevilla me llevaron a ver El Cachorro. El Cachorro no es otro que el Cristo crucificado que en la anocheada del jueves santo atraviesa el Puente de Triana para adentrarse en el corazón de Sevilla ciudad; pues bien, quien me llevó a ver El Cachorro y a la Esperanza Trianera y a la Macarena, tenía una extraña complicidad, un tuteo amical como diciendo: mira Cachorro aquí te traigo a unos amigos que vienen de lejos y quieren conocerte. Lo mismo, en alguna medida, y con menos entusiasmo, sucede con nuestros santos vecinos de antiguo de esta ciudadanía. Quien de vosotros no ha urgido a San Roque o a la Virgen de los Dolores o al Hecce-Homo de la Misericordia para aliviar nuestros males, aliviar nuestras angustias o paliar nuestro dolor.

Nuestros santos son parte de esa geografía interna y mágica, de ese sincretismo religioso aprendido a lo largo de generaciones que han tenido en la fe y en sus advocaciones el último de sus referentes.

El lunes santo se hacía inmensamente largo en la distancia emocional que medía entre el Domingo de Ramos y el Jueves Santo.

De transición era también el martes santo, día más próximo al recogimiento penitencial. En las iglesias tenían lugar las primeras confesiones de hombres y mujeres dispuestos a cumplir con el precepto pascual. Un aire de



**La Flagelación, Semana Santa año 1952**

ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA



**Ecce-Homo, Semana Santa año 1952**

ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA

recogimiento interior, brisa penitencial se apodera de la ciudad, en el libro "Pregón", aquellos excelentes voceros literarios de nuestra Semana Santa, en muchas ocasiones íntimamente mimados en sus portadas antológicas por la pluma y la genialidad artística de mi padre. El martes santo estaba previsto un Vía-Crucis de mujeres organizado por la Hermandad de la Santa Cruz en la iglesia de San Francisco.

Y si hombres y mujeres de Viveiro ponían en paz sus almas y espíritus, no es menos cierto que arreglaban su aseo corporal en esa síntesis ya enunciada por Heráclio. Recuerdo vivamente las colas y esperas de los hombres en las barberías de *Bacalao* o Benedicto los días previos a los días grandes de la Semana de Pasión.

El cuerpo y el alma es todavía un concepto indivisible y cuando el hombre encuentra la paz en Dios, estad seguros que también la busca entre los hombres.

El martes santo es una víspera de anhelos colectivos y por las Nogueiras sonaba marcial el penúltimo de los ensayos de los Flechas Navales perfectamente armónicos y afinados.

Miércoles Santo ya es víspera. Algo hay de fiesta en el ambiente. Se preparan las etiquetas con los nombre familiares para poner en las velas de los Monumentos, esas capillas de luz a trasmano de los altares mayores, exposición de cera, ejército blanco que rinde guardia de honor al Santísimo.

Miércoles Santo, entre la luz y las sombras, ahora sí ya es Semana Santa en esta parte de la Cristiandad. Viveiro se transforma en Golgotah, en Samaria, en Jerusalem. Hay una piedad bulliciosa en el ambiente y la tarde es un presagio de una noche penitencial. Continúan en las parroquias las confesiones de hombres. Por el valle corre una brisa marina que sube por los eucaliptales y pinares. Ya los castaños y los robles afianzan la primavera en su traje

verde de tahir frutal. En las aldeas vecinas se ultiman las faenas cotidianas. Mañana y pasado no son días de labor, son días de camisa limpia y traje oscuro, de baixar a vila, de zapatos de domingo que duelen en los pies adolescentes, como bien señaló una *rapaza* de Landrove en un artículo todavía reciente.

Miércoles Santo, día del dolor primero. En una página de la historia se juzga y condena a Jesús.

Y ya en la noche, cuando crece la marea, el Vía Crucis de hombres es como una gigantesca tripulación que impide que este barco local de la ciudad quede varado.

De San Francisco sale solo, desnudo, agonizante, re-dentor, el Cristo crucificado. Le preceden los catorce penitentes que pagan en su cuerpo una gracia concedida, una promesa a plazo fijo, algunos van descalzos, otros son mujeres. Todos llevan sobre sus hombros una pesada cruz que en ocasiones arrastran. Es miércoles santo y la ciudad es un orfeón penitencial. En algunos portales se instalan capillas. Son las estaciones del Vía Crucis. Un cura de voz tronante guía el rezo y la palabra. Y todos los hombres de mi pueblo son una sola voz, un perdona a tu pueblo señor, recio, viril y sincero. El cántico suena a Salve marinera teñida de tristeza, y cuando el Vía Crucis transita el malecón barrido por la noche, el Cristo del Perdón se agiganta reflejado en la mar, es Cristo nauta navegando a bordo de su cruz, llenando la bahía, bendiciendo con su presencia a todas las gentes de la mar, que por algo nuestro pueblo es un pueblo marineró.

El Vía Crucis de mi infancia y de mi juventud era un acto impresionante en su solemnidad, en su ascesis colectiva. Una voz era mi pueblo, pidiendo clemencia y perdón, creyendo en la clemencia y en el perdón, acompañando a un Cristo lacerado que pronto va a ser ajusticiado por los hombres



**El Calvario año 1952 en la Plaza Mayor**

ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA



**La Oración en el Huerto, años 50**

ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA

Perdona, Señor, a tu pueblo, perdónanos, no estés eternamente enojado, discúlpanos porque, al igual que tú, somos únicamente hombres.

Las mañanas del Jueves Santo estaban llenas de prisas, de trajes que se plancha, de bacalao en remojo, de mañan non cocen pan, de subir y bajar escaleras, de apresuramientos de difícil justificación. En la Plaza Mayor se instalaban puestos de rosquillas y de dulces de azúcar, pirulís de la habana. Se almorzaba pronto y, tras la comida, los hombres mudaban sus ropas por el traje de la boda, por el traje a secas, por el vestido de fiesta para honrar el gran día. Luego se cumplía el precepto. Comuniones masivas, familias enteras en los oficios, la iglesia, las iglesias eran un Hossanna. Las calles comenzaban a llenarse de las buenas gentes de las parroquias cercanas, venían las familias campesinas de Galdo, de Chavín, de Bravos, de Boimente, de Valcarría, de Cabana, de Escourido, de la Venta, de Xove, de las aldeas del Sor, de Merille, de Orol, de Xerdiz, de Lago.

Romería total era mi pueblo. Petrucios campesinos de alba, camisa y traje oscuro, garridas mozas de rubicundas mejillas y ojos transparentes, mujeres enlutadas por una tradición de atávicas negritudes. Hacían la ronda urbana, calle abajo arriba, calle arriba abajo.

Y a las seis salía la procesión de la Cena.

Sonaban tambores y cometas, desfilan –silencio– los Flechas Navales con don Luis Cebreiro, *nao capitana* al frente. Moncho Sindín, segundo de abord, siempre marcial, ojo avizor. Un ejército blanco de rapaces marineros marcan el paso, el ritmo del tiempo. Qué bien sonaban aquellos tambores, cómo rasgaban el aire las cometas.

Todavía hoy me estremece el recuerdo de aquellas marchas, y yo miraba al cielo, descubriéndolo más azul al paso de las flechas, y veía cómo las gaviotas asustadas por el tronar de tambores, replegaban su vuelo por los caminos de la mar.

Procesión pueblerina de la Cena que tanto amo, no me deis rasos ni oropeles, dejadme que mi corazón franciscano navegue ese río medieval de estas viejas procesiones. Y yo siempre esperaba en la ventana de la casa de mi abuela que llegara el paso de la cena. Oración en el Huerto, Ecce-Homo y, por fin, los doce apóstoles mínimos, casi niños, formalmente sentados a una mesa donde las viandas eran un cabrito de madera, dos hojas de lechuga y aquel roscón insultante vivo, certero, divino postre que se me antojaba alcanzar con mi mano desde la ventana de mi abuela Carmen. Cuando esto escribo en un Madrid soleado, me embarga la emoción y se en entrecruzan los recuerdos. Allí está Pedro, y Juan, y Judas con su bolsa de terciopelo, y yo imaginando cómo serían las treinta monedas de oro, qué inscripción tendrían, cuántas cosas podría comprar Judas con treinta monedas. Mi abuelo me había dado una peseta de papel, todo un capital, y allí estaba Judas, entre el susto y el arrepentimiento y por el vallado cantaba un gallo, una única vez atardecida. Al final ella, la Madre, la Virgen, nuestra virgen de los Dolores, virgen de la Tristeza y de la Esperanza, virgen de todos los nombres que alivian el dolor de los hombres.

Corría a buscar otro ángulo, otra esquina, otra ventana, cabe la taberna de Fermín, para decir adiós a la procesión de la Cena, hasta otro año, hasta otra vez, hasta otro encuentro.

Y la banda de música, traje azul y gorra de plato saludaba interpretando un himno, una marcha, una canción tris-



**D. Francisco Fraga leyendo la sentencia en el Viernes Santo años 60**

FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS



**La Borriquita años 60**

ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA

te, como un adiós, como un final inesperado. Ya la noche bajaba por la cuevas del Jueves Santo.

Dentro de poco desfila el Prendimiento. Un único paso, el Beso de Judas. Rasos y colores, algo del sur, del Levante, de Cartagena, trasplantado. Las luces de los hachones ponían quiños de oro en la noche.

Algo como majestuoso y teatral caminaba despaciosamente los puntiagudos capirotos, el rojo de los trajes, los blancos guantes de los nazarenos remarcaban airosos el beso de la traición. Iscariote tiene una mirada de loco y me imaginaba el hombre de Kerioth que dentro de nada se ahorcaría en una higuera. Dónde estaría en mi imaginación de niño aquella higuera, en que Chamorro bíblico encontraría Judas la paz imposible. Ya son más de las doce y mañana, viernes de Dolor, hay que madrugar para el Encuentro.

Heriberto vive tras mi casa, y serían las ocho cuando oía el primero de los toques de la vieja y aguardentosa trompeta. A las nueve, ya estaba yo junto al púlpito en la Plaza. Y subía al balcón de mi tía Nieves para no perderme ni un sólo instante del más bello de los ritos, del acto más querido de mi Semana Santa. Años después, lejos de Viveiro, me he despertado, creedme, sobresaltado al escuchar el imposible sonido de una trompeta que, a cientos de kilómetros, pregonaba el Encuentro.

La Confitería, el Ayuntamiento, el portal de Colosía, geografía íntima del Encuentro de Plaza Mayor. Y desde la casa de los Galdo, Poncio Pilato, Francisco Fraga, dictaba sentencia condenando a Jesús Sacramentado. Un fraile capuchino hacia cátedra sagrada y descriptiva, admirado de lo que estaba viendo. La Plaza era un gigantesco teatro preñado de gente. Y la Verónica, San Juan, María Madre protagonizaban la ceremonia del Dolor. Caía Jesús por primera vez, y al levantarse me encontraba en sus ojos, era como si me estuviera mirando únicamente a mí, en aquel instante en que yo me sentía más bueno, Xanás manejaba eficiente los mecanismos secretos y hacia caer a Jesús, llover a la Virgen y buscar inquieto a San Juan.

Quisiera que mi palabra fuera como el viento galopante, que mi pluma encontrara las imágenes, que mi corazón dictara las frases definitivas capaces de aproximar mis sentimientos a una descripción aproximada del Encuentro que vive en mi memoria.

Cuando la comitiva se adentraba por la calle de abajo corría a apostarme en el atrio de Santa María, y en la espera intuía a las monjas franciscanas tras las celosías trémulas y expectantes. Jesús cae ya por tercera vez y el fraile pide que bendiga a los que están lejos. Cuando yo mismo he estado lejos de esa mañana grandiosa, he pedido en una oración apresurada, que el fraile, que otro fraile, pidiera a Jesús la misma bendición que escuché hace tanto, que Jesús nos bendijera con su mano sabia y generosa a mí y a los míos, lejos de nuestro pueblo en la mañana del viernes santo.

Para mí, y ya lo he dicho en algún artículo, el Encuentro es el acto central y más importante de la Semana Santa vivariense. El más patético y el más auténtico, con un aire místico que traspasa lo escénico, que llega hondo a lo más recondito del hombre, a esos mecanismos que conmueven el espíritu. La belleza serena de un plasticismo meramente estético no es más que una anécdota. El Encuentro trasciende a lo estético, crece en nosotros en el alma global

del vivariensismo, es uno de los escasos santos y seña de nuestra identidad local.

Me harían falta horas y acaso días para volcar en palabras lo que yo entiendo trasluce la ceremonia matinal del Viernes Santo. Quiero hoy dejar únicamente estas pinceladas en mi voz y compartirlas con ustedes, señalando que lo grandioso es en sí mismo una lectura sosegada de la vida y de la historia de las gentes que, como ustedes y yo, vivimos y construimos la historia menor de nuestro pueblo.

Tras el Encuentro un deambular callejero nos acerca a las Siete Palabras. Acto mayor y solemne, acto de acusado énfasis cultural. Siete Palabras predicadas por oradores de reconocido prestigio. Algún tiempo el cantón de la plaza sirvió de Golgotah, luego se trasladó al lugar más idóneo, el templo. Entre las doce y las dos, docenas de chavales con bolsa limosnara de terciopelo negro e insignia de la cofradía Hermandad de las Siete Palabras, repartían estampas a cambio de un óbolo. Y ya en la mesa de cada hogar estaba dispuesto el potaje que ponía un paréntesis ordinario a las celebraciones.

Los romanos de cartón piedra eran el preámbulo al Descendimiento. Un Cristo de profundas guedejas, escuálido y articulado preside el tabladillo montado tras el ábside románico de Santa María. El gris de la tarde y el ámbito, es gris tristeza, el Hijo del Hombre va a ser ejecutado. El espectáculo tiene algo de congoja. Hay un ataúd en el tabladillo. Los mozalbetes vestidos de romanos con su casco de penacho montando guardia pretoriana. Es otro fraile el que guía la ceremonia. Jesús ha muerto en Occidente. Resurrexit, la vida renacerá con la esperanza certera e inmediata de la resurrección.



**Sagrado Corazón de Jesús**

ARCHIVO: RVDO. FRANCISCO FRAGA

El acto del descendimiento tiene mucho de esa tristeza antigua y medieval. José de Arimatea revestido de ropas ta-lares ayuda con Caifás, ¿o no era Caifás?, a bajar de la Cruz el cuerpo exagüe de Jesús. Era Xanás y Eligio del Caxete, la nómina estable de participantes. Oficiantes caritativos. En una esquina del tablado gime y llora María.

Ya las autoridades civiles y militares con sus ternos de gala, aguardan en el pórtico de la Iglesia la salida del Santo Entierro.

Y sobre las peñas un Cristo Yacente nos recuerda lo efímero de la vida. María Magdalena, María al pie de la Cruz, el Cristo de las Peñas, San Juan y la Madre Dolorosa, conforman la comitiva.

Sayones enlutados de luenga cola abren el cortejo con sus lábaros que recuerdan al Senado y al pueblo de Roma. La escuadra romana desfila silente. Guardias civiles machadianos rinden honores con sus carabinas apuntando hacia el suelo, al buen Jesús muerto.

Una docena de señoras engalanadas a la usanza española, con mantillas de hilo y peinetas de carey, desfilan entre el orgullo y la fiesta.

Tras los estandartes de todas las cofradías y hermandades caminan los representantes de las cofradías. Antaño: Xaral, Lino Grandio, D. Francisco Sampedro, Eligio Núñez, Lucio Tiagonce, Pepe del Agua, Paco Fanego, Alvaro Santiago, Vicente Balseiro Colosía, Antonio Rivera, Nemesio San Isidro, Pepe de Justo, las mujeres de la Santa Cruz y otros muchos que hicieron posible el esplendor de nuestra Semana Santa, representaban solemnes a las Hermandades.

El alcalde y la corporación presidían el duelo. La tarde dejaba caer su manto de noche entre jirones y el cielo era, estaba, muy oscuro. Ondeaban a media asta las banderas y negros crespones cubrían los balcones de la Casa Consistorial.

La marcha fúnebre de Chopin ponía broche luctuoso al cortejo, interpretada por la banda municipal.

Ya Cristo había muerto una vez más en ese ciclo eterno del mundo subrayado en los calendarios.

Y cuando una procesión se recogía, otra se disponía a salir. Ya estaban montados los pasos junto a San Francisco. La Pasión tendría su representación total y unitaria en la gran marcha nocturna de La Piedad.

Otra vez el sur invadía las calles angostas de Viveiro. Esta Semana Santa de los años cuarenta, que tanto y tan bien revitalizó nuestras celebraciones, emergía con su grandiosidad.

Las Hermandades del Prendimiento, Santa Cruz, Piedad y Siete Palabras, hacían posible que ante nuestros ojos desfilaran pausadas todas las secuencias de la Pasión. Rojos, morados, blanquinegros y dorados, desfilan los nazarenos. Encapirotados, arropados por capas que brillan en la anochecida, con sus cirios eléctricos, es como un friso helénico, un bajorrelieve renacentista que pone broche de oro a la Semana Santa. La Piedad es un prodigio de temura. Bajo las ondas son muchos los llevadores que arriman el hombro a un varal solidario.

Viveiro es un Calvario, un Golgotah, Jerusalem redi-vivo. Se refleja la luna en los bordados de oro de los estandartes y una tulipa del Cristo hace un guiño pícaro y parpadeante. Bailan los pasos en los pies de los llevadores. La Semana Santa toca a su fin, pero aún falta el acompañamiento de toda la ciudad a su Virgen, todavía faltan los

caladiños que pondrán una estela de lágrimas de cera a las viejas calles de Viveiro.

Cuando la noche es bien entrada, la Virgen del Dolor y del Silencio, camina como una gran dama antigua desde el calvario. Todo Viveiro participa de su silencio, de su soledad. No hay ruidos, el mundo es sólo un eco de pasos, de miles de pies andando el mismo camino. Nunca en Viveiro la Virgen ha estado sola, nunca en Viveiro la Virgen ha estado tan acompañada. Es la Madre del rostro cambiante, que pasa de la tristeza a la esperanza. Amparo de nuestros males, refugio de nuestras penas, fuente limpia de nuestras alegrías.

Ya todo –como en una de las siete palabras– está consumado. Mañana, Sábado de Gloria, será para mí el día más triste; para el niño que fui, el sábado era un colofón desabrido, se devolvían los trajes, se desvestían los santos, se desarmaban las arquetas y sólo hasta otro año no volvería los días de las vísperas, el temblor infantil de lo aguardado. *Calabaza que hay na plaza...*

El Domingo campanas de gloria anunciarán la buena nueva y una recoleta procesión de Resurrección ceñirá el atrio.

Días después, por las calles angostas, regueros de cera y de azul, los rapaces montábamos nuestras procesiones infantiles con los santos de nuestras casas, con cruces de madera que convertiríamos más tarde en espadas. Invariablemente, nunca faltaba una Cruz desnuda, un trozo de blanca sábana sobre dos maderas cruzadas y así hasta los días del Corpus, hasta el jueves de espadaña y mirto, hasta la ciudad floral por mayo o junio, antevíspera primera del rosario de fiestas que desbordan la comarca.

Yo he encadenado mi infancia con todos los eslabones de las tareas de Semana Santa. Ya lo he contado en otras



**Procesión El Encuentro años 60**

FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS

ocasiones. Y soy hoy la voz que pregona con el corazón en los labios.

Os pido, a todos cuantos hacéis posible la supervivencia de estas celebraciones, a las generaciones venideras, que no abandonéis jamás la responsabilidad histórica de mantenerla e incluso acrecentarla. Tenemos que conservar –en estos tiempos de mudanza– nuestras tradiciones, nuestros referentes certeros.

Por esta tribuna han pasado, me han precedido grandes oradores, hijos del pueblo los más, ilustres tribunos otros, mi humilde voz es hoy la que narra este pregón tan errático como sentido.

Para todos ellos mi homenaje y, en especial, para Enrique Cal Pardo para quien pido desde aquí, sumándome a la feliz iniciativa del Heraldo de Viveiro, la nominación inmediata de Cronista Oficial de Viveiro.

Y poco más, queridos amigos, *non quero rematar iste acto sen dirixirme na vella, na anterga lingoa do meu pobo, campesiña e mariñeira pregando a Deus noso Señor porque ista terra galega asoballada pole hestoria, fisterre lonxano de cristiandade, campo de estrela dos peregrinos seu retorno, atope o seu lugar no decorrer dos séculos.*

*Ilumina, bon Deus, a todos aqueles que prefiren a inxusticia o desorden, os que chaman masa o pobo, os que antepoñen os intereses privados ao interes común.*

*No consintas que no nome do progreso, dun progreso destructor e malentendido, sigan a cometerse destrozos e tropelías niste pobo de Viveiro, histórico e monumental no seu conxunto que haberá que conservar dende a sociedade civil, un inquebrantable compromiso cidadán.*

*Pido porque iste noso pobo destragado pola man do home recobre a súa dignidade de cibdá con pulo novo, porque os seus rexidores actuais e vindeiros teñan como norte o amor de Viveiro por derriba de plantexamentos partidistas e intereses personales.*

*Prego o bon Deus, porque Galicia, vello país tolerante e se-reo, liberal e aberto, non caiga en celadas cara o atraso e apos-*

*ta pola modernidade e o progreso das suas xentes e das suas estruturas.*

*Prego, Señor, por unha sociedade mais armonica, mais solidaria na que non haxa lugar pra violencia nin o odios, porque quepamos todos nista terra que sempre veu como os seus mellores fillos iban espallándose polo mundo.*

*Porque a espranza do futuro sexa semente nova nista país castigado pola hestoria.*

*Fai Señor de Viveiro e de Galicia a tua terra prometida, pra que medre en paz e progreso, ben rexida por unhas mans con pulso novo e corazón mozo.*

*E agora escoita Señor, como remate aqueles versos de Salvador Espriu, o gran poeta civil catalán que diu:*

*As vegadas compre o esforzo  
que un home morra por un pobo  
mais nunca haberá de morrer todo un pobo  
por un úneco home.*

*Lembrao sempre Sepharad  
Fai que sexan seguras as pontes do dialogo  
trata de comprender e de amar  
as razóns e as verbas dos teus fillos.*

*Que choiva mainiño nos sembrados  
que o aire voe como unha man aberta  
morna e benina sobor dos longos campos.*

*Que Sepharad viva eternamente  
na orden e na paz, no traballo  
na difícil e agardada  
libertade.*

*Chegamos ao fin, volta de novo a primaveira, a petar nista noite de prólogo. Escomenza a nosa Semana Santa e polas rúas de Viveiro hai coma un eco que trae no vento aquelas verbas de Luz Pozo a nosa grande poeta viveirense e galega.*

*Ay da door que non volta  
door da Semana Santa  
polas rúas de Viveiro.*



**Los Flechas Navales desfilando en la Semana Santa años 60**

FOTOGRAFÍA: RVDO. ANXO FERREIRO CURRAS

# Memoroteca

hace 50 años

ESTAMPA PUBLICADA POR LA VOTF CON MOTIVO  
DEL ENCUENTRO DE LA SEMANA SANTA 1968



Devotísima imagen que figura en el ENCUENTRO

## Himno de Nuestra Señora de los Dolores de la Orden Tercera

Son tus lágrimas un río  
y es tu peana Vivero,  
¡Ay! Reina del pueblo mío,  
sin tu piedad yo me muero  
pues yo fui tu punal frío.

Y en esa profunda herida  
que es mi culpa y es mi cielo,  
y es mi perdón y caída,  
yo lloraré con tu pueblo  
por tu amor ¡Madre afligida!

Hoy vuelvo a tí ¡Madre amada!  
de Vivero tan querida,  
eres la muerte enlutada,  
si puedo darte mi vida,  
clava en mi pecho tu espada.

ENRIQUE CHAO ESPINA

Recuerdo del ENCUENTRO de la  
Semana Santa de Vivero. Año 1968

hace 25 años

PUBLICADO EN: "HERALDO DE VIVERO" 2 de abril de 1993;

APUNTES DE SEMANA SANTA

## «Pregones» con inquietud

Eran tiempos de mucho trabajo para todos. Al decir para todos incluyo a los directivos de la Cofradía del Cristo de la Piedad y, en especial a José Gómez Cociña, encargado de la dirección y confección del programa en cuanto a su contacto con la imprenta en que se confeccionaban las Revistas «Pregón».

Estas revistas casi se estaban imprimiendo en exclusiva en un taller, quizás porque uno de los miembros directivos era socio fundador del Cristo de la Piedad «el Cristo de los comerciantes» como solían denominarlo la gente del pueblo; pero, el encargado de la promoción del programa y propulsor de la actividad de la Cofradía, optó por variar el proveedor mediante presupuesto, para la confección de la revista «Pregón».

Corría el año de 1957 y en Vivero se había establecido un pequeño taller de imprenta sobre la base del más pequeño que existía entonces, el del tipógrafo José Basanta Burgos, que en su día, había venido a trabajar a la antigua imprenta del «Heraldo», o de don Benigno López.

La imprenta, nacida en 1947, con el nombre comercial de «Imprenta Neira», que cumplía diez años, asumió la confección del número tres, quizás un poco audazmente, por los mínimos medios mecánicos con que contaba, aunque sí con un caudal tipográfico inigualable, encarnado, sobre todo, en el primer empleado, un tipógrafo que en los muchos años de oficio, hasta el año de 1957, había superado, a mi juicio, el gusto, la modernidad y la rapidez que al arte tipográfico se le podía pedir. Manuel Gómez Alvarinho (Manolito), tenía la suficiencia para poder sacar adelante, como lo sacó siempre, la confección de las páginas de los «Pregones», y con esa seguridad se afrontó la confección.

Manuel Gómez Alvarinho, había caído enfermo, y la coyuntura para la confección de «Pregón» se había vuelto problemática, ya que su aportación no sería al completo. No obstante nos propusimos darle una visión distinta al Libro-Programa de Seman Santa «Pregón», y los directivos de la



Portada de la Revista Pregón de 1957, realizada por Ramón Pernas.

Cofradía, sobremanera José Gómez Cociña, había puesto en nosotros su confianza, sin que sus recelos se manifestaran.

Puestos manos a la obra la jornada laboral tuvo que ser ampliada y toda la familia colaboró para que el «Pregón» del año 1957 fuese el que mejor se editó en Vivero en tipografía. No existían los medios avanzados de hoy y la «Mínerva Hispania» de plato, recibía los colores en que se editó

dicho «Pregón» y la limpieza de su batería de entintado (rodillos), se realizaba cada cien ejemplares para que el trabajo saliese impecable, y eran mil los que había que imprimir.

Todos los papeles de impresos inservibles y periódicos cortados valían para intercalar las páginas del programa para que estas saliesen perfectas y la tinta no repintase el reverso de la misma. «Trabajo de romanos» como suele decirse, pero la revista tenía que salir y el arte tipográfico tenía que ser reflejado como nunca se hubiera hecho, quizás imitando cuando en tiempos de aprendizaje, los buenos tipógrafos decían, cuando les salía bien, «esto... ni en Alemania».

La inquietud de los directivos que se habían multiplicado en solicitar la publicidad a toda España para insertar en el «Pregón», que iba a costearlo, se traducía también en la visita a la imprenta en la cual poco podían apreciar de su confección, puesto que las páginas estaban cubiertas de intercalados, y aunque las dudas permanecieran, si veían como nos multiplicábamos para que «Pregón» saliese en su día.

Quien posea un programa del año 1957, creemos debe de guardarlo como «oro en paño», pues su edición no se repetirá. Y si nos paramos a pormenorizar sus páginas, desde la portada a color de Ramón Pernas, su «cuadro de colaboradores» impreso en oro, la dedicatoria con el haz de luz de un candelabro, páginas bicolores del Cristo de la Piedad, Cristo yacente y Dolorosa, la sentencia, la página central desplegable con imágenes de Las Siete Palabras, y la portada de cultos en oro, son verdaderos trabajos de artesanía tipográfica, aparte del resto del contenido del programa realizado con el mejor esmero profesional.

La inquietud de los directivos que formaban la Cofradía del Cristo de la Piedad, y en especial de quien más se comprometió e inquietó por verlo terminado felizmente, José Gómez Cociña, creo recibió plena satisfacción, pues a partir de ahí, los que le sucedieron, tipográficamente, era difícil el superarlo.

L. N. R.